



Organización
Internacional
del Trabajo



► Tendencias Mundiales del Empleo Juvenil 2022

Invertir en la transformación
de futuros para los jóvenes

RESUMEN EJECUTIVO

► Visión general

La crisis de la COVID-19 ha exacerbado los numerosos desafíos del mercado de trabajo a los que generalmente se enfrentan los jóvenes. Entre 2019 y 2020, los jóvenes de entre 15 y 24 años de edad experimentaron una pérdida porcentual de empleo mucho mayor que los adultos (definidos como las personas que tienen 25 años o más). Muchos de ellos abandonaron la fuerza de trabajo, o no llegaron a incorporarse a ella, debido a la enorme dificultad de buscar y conseguir un empleo en un momento en el que muchos Gobiernos imponían medidas de cierre y confinamiento y los empleadores sufrían pérdidas masivas de ingresos como consecuencia del cierre de empresas. Además, la fuerte caída de los ingresos familiares y el cambio al aprendizaje a distancia por parte de las instituciones educativas hicieron que la búsqueda de educación y formación fuera más ardua para muchos. En consecuencia, el ya elevado número de jóvenes sin estudios, trabajo ni formación (ninis) aumentó aún más en 2020.

El aumento del desempleo juvenil en unos 4 millones de personas en 2020 subestima enormemente el impacto de la crisis en el mercado de trabajo. El empleo juvenil a nivel mundial disminuyó en alrededor de 34 millones de personas entre 2019 y 2020. La mayor parte de la pérdida de empleo se tradujo en la salida de la fuerza de trabajo debido a las circunstancias extraordinarias que planteaba la crisis. La fuerza de trabajo potencial, que comprende a los jóvenes que no forman parte de la fuerza de trabajo pero que están vinculados de modo marginal al mercado de trabajo¹, aumentó en 7 millones. El número de personas no incluidas en la fuerza de trabajo ampliada aumentó en 27 millones. Alrededor de la mitad de las pérdidas de empleo sufridas por los jóvenes en 2020 incrementó el número de jóvenes con estatus de nini, mientras que la otra mitad incrementó el número de los jóvenes que estudian pero no tienen empleo. De forma alarmante, la tasa mundial de jóvenes nini aumentó en 1,5 puntos porcentuales en 2020, situándose en su nivel más alto en al menos quince años. Los 282 millones de jóvenes que se encontraban en esta situación en 2020 se perdieron una etapa temprana crucial de su desarrollo personal y corren el riesgo de enfrentarse a graves desventajas en el mercado de trabajo en el futuro.

El déficit global de empleo de los jóvenes con respecto a 2019 ascendía al 8,2 por ciento en 2020, mientras que el déficit correspondiente a los adultos ascendía a menos de la mitad. Los jóvenes se vieron especialmente afectados porque las empresas que sobrevivieron a la crisis buscaron ante todo retener a los trabajadores, mientras que las nuevas contrataciones se desplomaron. Además, los trabajadores jóvenes tienen menos probabilidades de tener la antigüedad y los tipos de contratos que los distinguen para ser retenidos por los empleadores y, por lo tanto, tienen más probabilidades de perder su empleo. Asimismo, los planes de mantenimiento del empleo patrocinados por los Gobiernos, cuando existen, son menos eficaces para proteger a los trabajadores jóvenes.

Se estima que menos de la mitad del déficit mundial de empleo juvenil en 2020 se recuperará en 2022. El déficit global se redujo al 5,9 por ciento en 2021 y se prevé que siga disminuyendo hasta el 4,5 por ciento en 2022. Esto implica un déficit de empleo juvenil previsto de 19 millones de puestos de trabajo en 2022. A nivel mundial, la recuperación del empleo juvenil va por detrás de la de los adultos, los cuales se calcula que para 2022 recuperarán más de la mitad del déficit de empleo que tenían en 2020. Asimismo, se prevé que la tasa de participación de los jóvenes en la fuerza de trabajo aumente en todo el mundo en 2022, aunque se espera que se mantenga más de 1 punto porcentual por debajo del nivel de 2019. De igual modo, las estimaciones apuntan a que el desempleo juvenil mundial descienda hasta los 73 millones en 2022, lo que todavía supondría 6 millones por encima del nivel de 2019.

¹ Los jóvenes vinculados al mercado de trabajo de modo marginal no se clasifican como desempleados, pero podrían incorporarse al empleo en un futuro próximo. Comprenden a los que no buscan empleo pero están disponibles para trabajar y a los que buscan empleo pero no están disponibles para aceptarlo.

Se prevé que la recuperación de las tasas de desempleo juvenil difiera entre los países de ingreso bajo y los países de ingreso mediano, por un lado, y los países de ingreso alto, por otro. De hecho, se espera que los países de ingreso alto sean los únicos que en 2022 vuelvan a tener tasas de desempleo juvenil cercanas a las de 2019, y que las tasas se mantengan bastante más de 1 punto porcentual por encima de sus valores anteriores a la crisis en los demás grupos de países por nivel de ingreso.

Los jóvenes que pierden su empleo o no consiguen uno son especialmente vulnerables a la «cicatrización», el fenómeno por el que sus resultados futuros en el mercado de trabajo son peores que los de sus compañeros, incluso cuando las condiciones macroeconómicas vuelven a mejorar. Pueden acabar aceptando un trabajo para el que están excesivamente cualificados, con lo que corren el riesgo de quedar atrapados en una trayectoria laboral que implica informalidad y bajos salarios. Como se ha observado en crisis anteriores, los jóvenes de los países de ingreso alto se ven igualmente afectados por este fenómeno.

La crisis de la COVID-19 no solo ha incidido en las perspectivas de empleo de los jóvenes, sino que también ha perturbado la calidad y la cantidad de la educación y la formación. El cierre generalizado de escuelas afectó a más de 1 600 millones de alumnos. La interrupción de la educación puede causar importantes pérdidas de aprendizaje, creando desigualdades tanto intergeneracionales como intrageneracionales. El cierre de escuelas en 2020-2021 tuvo efectos muy diferentes en los jóvenes, tanto entre los distintos países como dentro de ellos, dependiendo de la capacidad de los países para proporcionar disposiciones eficaces para el aprendizaje a distancia, y de la situación socioeconómica de las familias, que determinó la medida en que los estudiantes podían beneficiarse de esta modalidad de aprendizaje. Las mujeres jóvenes y las niñas fueron a menudo las primeras en ser sacadas de la educación, y las últimas en regresar, lo que probablemente agrave las desigualdades de género en el mercado de trabajo.

La pérdida de competencias básicas de lectura, escritura y aritmética, así como de competencias en otras materias, tiene un impacto directo en todo el aprendizaje futuro de los alumnos y, por tanto, en su preparación para la vida y el trabajo. Además de las pérdidas de aprendizaje que alteran toda la trayectoria educativa, los cierres de escuelas en todo el mundo en 2020-2021 tuvieron importantes efectos perjudiciales para la nutrición y la salud. La pérdida de logros educativos en los niveles primario y secundario podría poner en peligro la futura matriculación en la educación superior. En este sentido, puede decirse que la crisis de la COVID-19 ha disminuido el nivel educativo no solo por su impacto directo en las escuelas, sino también por la pérdida de educación futura, especialmente en los países más pobres.

En términos más generales, la crisis ha hecho más difícil la perspectiva de alcanzar muchas metas de los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS). Las desigualdades a escala mundial, tanto dentro de los países como entre ellos, pueden aumentar debido a los desiguales efectos directos y a largo plazo de la crisis en los jóvenes de diferentes países y con diferentes antecedentes socioeconómicos. Se requiere una acción política decisiva para contrarrestar estos efectos negativos, para que los jóvenes puedan obtener la educación que necesitan y para apoyar su entrada en el mercado de trabajo en estas difíciles condiciones. Las economías «verde», «azul», digital, creativa y del cuidado, en particular, tienen un gran potencial para proporcionar puestos de trabajo decente para los jóvenes al tiempo que contribuyen a los ODS clave, en particular el Objetivo 5 («Igualdad de género»), el Objetivo 8 («Trabajo decente y crecimiento económico»), el Objetivo 9 («Industria, innovación e infraestructura»), el Objetivo 13 («Acción por el clima») y el Objetivo 14 («Vida submarina»).

A medida que los países reevalúan su postura política en la fase de recuperación, necesitan invertir en enfoques transformadores a más largo plazo y revisar sus estructuras económicas para hacerlas más inclusivas, sostenibles y resilientes. En consecuencia, este informe se basa en un modelo macroeconómico mundial para cuantificar los efectos económicos y sobre el empleo de las medidas políticas destinadas a facilitar dichas transiciones. Diseñado para ofrecer un tratamiento integrado de los sistemas económicos, energéticos y medioambientales del mundo, el modelo se ha utilizado para simular cuatro escenarios inducidos por las políticas: un «escenario verde», un «escenario digital», un

«escenario del cuidado» y un «escenario combinado», que combina los tres primeros. Estos escenarios se han comparado con un escenario de referencia, o enfoque basado en las «prácticas habituales».

Los resultados de la modelización sugieren que si el escenario combinado se pusiera en práctica como parte de un gran impulso inversor por parte de los países, el producto interior bruto mundial en 2030 sería un 4,2 por ciento mayor y habría 139 millones de puestos de trabajo adicionales para los trabajadores de todas las edades en todo el mundo en relación con la base de referencia. El empleo juvenil mundial —definido para este ejercicio como el que comprende a las personas de entre 15 y 29 años— pasaría de 697 millones en 2022 a 751 millones en 2030 en el escenario de referencia, mientras que se espera que el escenario combinado aumente el empleo juvenil en 32 millones de puestos de trabajo adicionales para 2030. Estos puestos de trabajo adicionales para los jóvenes ayudarían a compensar las pérdidas de empleo causadas por la crisis de la COVID-19, al tiempo que situarían a los mercados de trabajo en una senda más sólida hacia la sostenibilidad, la inclusión y la resiliencia. Cabe destacar que las proyecciones obtenidas del modelo son estimaciones conservadoras de la generación de empleo directo. El modelo no recoge los beneficios indirectos en términos de seguridad medioambiental y mayor productividad generados por la inversión en educación, sanidad y digitalización.

Un número cada vez mayor de países, tanto desarrollados como en desarrollo, están reconsiderando sus anteriores modelos de crecimiento y recurriendo a las economías verdes y azules como medio para lograr el desarrollo sostenible, la creación de empleo y la reducción de la pobreza. Las mujeres y los hombres jóvenes, con su educación y formación más contemporáneas, así como con su creatividad e ingenio, están bien situados para beneficiarse de la expansión de las economías verde y azul. Se espera que las oportunidades de empleo surjan, en particular, de las inversiones destinadas a alcanzar cero emisiones netas de carbono de aquí a 2050, con el fin de limitar la alerta mundial a 1,5 °C por encima de los niveles preindustriales (como pide el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático), incluidas las inversiones en energías limpias y renovables, construcción, agricultura sostenible, reciclaje y gestión de residuos. De hecho, la modelización apunta a que podrían crearse 8,4 millones de puestos de trabajo adicionales para los jóvenes de aquí a 2030 mediante la aplicación de medidas políticas verdes y azules.

Esta previsión de aumento del empleo agregado oculta pérdidas de empleo en algunos países, sectores y grupos de trabajadores, lo que pone de manifiesto la importancia de adoptar políticas que garanticen una transición justa para todos. En particular, cabe señalar que las inversiones en infraestructuras de energía renovable y en la readaptación de edificios tienden a beneficiar a sectores tradicionalmente dominados por los hombres. Por lo tanto, los responsables de formular las políticas tendrían que seguir abordando los obstáculos del mercado de trabajo a los que se enfrentan las mujeres jóvenes. A la hora de diseñar las políticas de empleo juvenil en este contexto, también es importante tener en cuenta las tecnologías de bajas emisiones de carbono y con capacidad de adaptación al cambio climático que están disponibles, y ampliar y difundir aquellas tecnologías que mejor se adapten a las circunstancias específicas de cada país. Además, se necesitan mecanismos innovadores de anticipación de competencias para que los jóvenes adquieran, a través de la educación y la formación técnica y profesional, las competencias que necesitarán en las nuevas profesiones. En definitiva, la transición hacia las economías verdes y azules abre numerosas oportunidades para la participación de los jóvenes, cuyo dinamismo y espíritu innovador pueden contribuir a forjar un mejor futuro laboral y promover el uso sostenible de los ecosistemas terrestres, costeros y marinos, teniendo en cuenta las especificidades de los contextos nacionales y locales.

Al igual que las economías verde y azul, la economía digital tiene un considerable potencial de creación de empleo para los jóvenes. La creciente digitalización de la economía y la sociedad está afectando profundamente al mundo del trabajo, y se espera que la tendencia continúe e incluso se acelere en los próximos años. Se necesitan políticas adecuadas para abordar los retos y transformar el potencial en oportunidades reales de trabajo decente. En este informe, la economía digital se considera junto con la economía creativa, o naranja, muchos de cuyos sectores dependen cada vez más de las tecnologías digitales para la producción y difusión de contenidos creativos. Se ha elaborado un

conjunto de datos único, una base de microdatos de industrias digitales y creativas, a partir de las encuestas de población activa de 28 países en diferentes etapas de desarrollo económico a lo largo de tres años (2013, 2018 y 2020) para estudiar las características del empleo de ambas economías. En lugar de limitar los empleos digitales a los que utilizan plataformas digitales o a los que participan en la producción y distribución de productos relacionados con las tecnologías de la información y la comunicación, se han considerado todas las actividades apoyadas por estas tecnologías en el lugar de trabajo como parte de una progresión de empleo digital. Los sectores se han clasificado según su intensidad de empleo digital.

El empleo juvenil en la economía digital se caracteriza por la proporción relativamente grande de trabajadores cualificados con altos niveles de educación concomitantes. La crisis de la COVID-19 ha reforzado esta tendencia, presumiblemente porque los trabajadores menos cualificados (jóvenes) tenían más probabilidades de perder su empleo. A nivel macroeconómico, la economía digital proporciona un buen rendimiento de la inversión y la calidad de los puestos de trabajo es relativamente alta. Al mismo tiempo, siguen existiendo importantes retos, sobre todo a la hora de garantizar que todos los jóvenes tengan las mismas oportunidades de acceder al empleo digital. En muchos países de ingreso bajo y mediano, la conectividad a internet sigue siendo un problema, especialmente en las zonas rurales. La ampliación del acceso a la banda ancha en las zonas rurales requiere tiempo y una inversión considerable. No obstante, en los casos en los que se ha invertido en ello, la inversión ha demostrado ser rentable. Los modelos sugieren que la consecución de la cobertura universal de banda ancha para 2030 podría suponer un aumento neto del empleo de 24 millones de nuevos puestos de trabajo en todo el mundo, de los cuales 6,4 millones serían ocupados por jóvenes. Al principio, el aumento del empleo juvenil se concentraría en la construcción y en el sector de las tecnologías de la información y las comunicaciones, pero a medida que los efectos del consumo se extiendan, los mayores impactos en el empleo para 2030 se producirían en los sectores de la distribución y el comercio minorista.

Por otra parte, muchos tipos de empleo en la economía digital, como el trabajo en plataformas, conllevan un alto grado de inestabilidad laboral e incertidumbre en cuanto a los ingresos futuros. El trabajo en plataformas puede ser especialmente atractivo para los jóvenes de los países de ingreso bajo y mediano: está bien pagado y la falta de seguridad laboral se percibe como menos problemática por los jóvenes ante la falta de alternativas. No obstante, la inestabilidad laboral y la falta de cobertura de la protección social para los jóvenes trabajadores digitales por cuenta ajena son cuestiones que deben ser abordadas por los responsables de la formulación de políticas. El hecho de que el acceso al empleo digital requiera educación y competencias sigue siendo una barrera importante en los países de ingreso bajo y mediano, lo que impide que muchos jóvenes aprovechen las oportunidades de trabajar en empleos de mayor calidad en la economía digital. Por lo tanto, las estrategias de apoyo al desarrollo del empleo digital para los jóvenes deben basarse en un enfoque global y a largo plazo. En particular, es esencial equilibrar la creciente cuota de mercado de las plataformas digitales y la oferta altamente competitiva del trabajo basado en las plataformas.

La economía naranja es uno de los sectores de mayor crecimiento en todo el mundo, y genera oportunidades de empleo para los jóvenes en ámbitos tan diversos como la arquitectura, las artes visuales y escénicas, la artesanía y los videojuegos. Más allá de su contribución al empleo, las actividades creativas, culturales y artísticas son vitales para la sensación de bienestar de las personas y el patrimonio de las sociedades. Aunque los cierres relacionados con la COVID-19 tuvieron un efecto dramático sobre el empleo en la mayoría de los sectores, afectaron especialmente a las industrias culturales y creativas, ya que muchas de estas actividades conllevan proximidad física. Los trabajadores que se dedican a estas actividades experimentaron un fuerte descenso de sus ingresos tras la cancelación de eventos y espectáculos en vivo y el cierre de museos y sitios patrimoniales. Los trabajadores del sector de la cultura y la creación son especialmente vulnerables, no solo por las restricciones impuestas a su capacidad de trabajo, sino también porque una proporción significativa no está cubierta por la protección social. Al igual que en la economía digital, la aplicación de una protección laboral y social adecuada es esencial para garantizar un trabajo decente para los trabajadores, tanto jóvenes como mayores, en la economía naranja.

La economía del cuidado es un importante empleador de jóvenes, tanto en la educación, la atención de salud y el trabajo social y en los hogares o para ellos, sobre todo de mujeres jóvenes.

Por término medio, el 10,7 por ciento de todos los trabajadores jóvenes (de 15 a 29 años), es decir, 47,8 millones, trabajaban en la atención de salud, el trabajo social, la educación o como trabajadores domésticos justo antes del inicio de la pandemia. Tal y como sugieren las simulaciones realizadas con el modelo macroeconómico, las inversiones en servicios de salud y cuidados de larga duración y en educación para alcanzar los ODS 3, 4, 5 y 8 podrían crear 17,9 millones de nuevos puestos de trabajo para los jóvenes de aquí a 2030 en relación con la base de referencia, incluidos 9,3 millones de puestos de trabajo en educación, 5,1 millones de puestos de trabajo en salud y trabajo social e, indirectamente, 3,5 millones en sectores no relacionados con la economía del cuidado. Los efectos positivos de estas inversiones en el empleo juvenil se concentrarían en los países de ingreso bajo (4,2 millones) y, sobre todo, en países de ingreso bajo-mediano (9,7 millones).

Las inversiones en los sectores del cuidado deben ir acompañadas de la promoción de condiciones de trabajo decente tanto para los trabajadores jóvenes como para los de mayor edad.

Esto incluye asegurar que gozan de protección laboral y social; garantizar la libertad sindical y de asociación, el derecho a la negociación colectiva y la igualdad de remuneración por trabajo de igual valor, y prevenir y eliminar la violencia y el acoso. Todavía queda mucho camino por recorrer para que el trabajo decente sea una realidad para todos los trabajadores jóvenes de la economía del cuidado. Los trabajadores jóvenes de la educación, por ejemplo, se enfrentan a condiciones de trabajo muy desiguales en función de las características de los sistemas educativos, siendo las condiciones normalmente peores en el sector privado que en los centros públicos. En particular, los profesores de las escuelas no estatales de los países de ingreso bajo y mediano tienen con menos frecuencia contratos permanentes y suelen recibir salarios más bajos que sus homólogos de las escuelas estatales. En el ámbito de la salud y el trabajo social, las condiciones laborales de los trabajadores jóvenes también varían mucho: entre los que tienen estudios universitarios y los que no los tienen, entre los trabajadores del sector público y los del sector privado, y entre los que están empleados en la atención de salud y los que forman parte del personal de asistencia social. La crisis de la COVID-19 ha supuesto una gran presión para los trabajadores jóvenes del sector de la salud, como demuestran las horas trabajadas y el elevado nivel de agotamiento que les supuso la lucha contra la pandemia. Por último, los trabajadores domésticos jóvenes se parecen mucho en todos los países en cuanto a tener las peores condiciones de trabajo: casi todos están contratados en condiciones informales y carecen de protección social y de derechos laborales básicos. Durante la pandemia, muchos perdieron su trabajo y sus ingresos o tuvieron que quedarse aislados en el domicilio de su empleador.

La crisis ha puesto de manifiesto la necesidad de incorporar a los profesionales jóvenes a la fuerza de trabajo de la atención de salud pública de forma sostenible, es decir, evitando la dependencia del voluntariado o el exceso de trabajo.

Para ello es necesario contar con estructuras de tutoría sólidas, una contratación intencionada y un apoyo continuado, que incluya el acceso a la educación y la formación. Dado que en muchos países una parte importante de los trabajadores de la atención social se acerca a la jubilación, la contratación de trabajadores más jóvenes es especialmente importante. Es necesario mejorar las condiciones de trabajo y la remuneración para retener a los actuales trabajadores de los cuidados y atraer a los jóvenes al sector. La formalización en el marco del Convenio sobre las trabajadoras y los trabajadores domésticos, 2011 (núm. 189), a saber, garantizar que estos trabajadores estén protegidos por la legislación del trabajo y de la seguridad social y puedan acceder a la protección social en la misma medida que los demás trabajadores, es la principal prioridad para mejorar las condiciones laborales de los trabajadores domésticos jóvenes.

La respuesta a la crisis puso de manifiesto deficiencias de distinta índole en el tratamiento de las necesidades de los jóvenes, especialmente los vulnerables, a saber, los que buscan empleo por primera vez, los que abandonan la escuela, los recién licenciados con escasas competencias y los numerosos jóvenes que permanecen inactivos, no por elección.

Lo que más necesitan los jóvenes, si forman parte de la fuerza de trabajo, es que los mercados de trabajo funcionen bien y ofrezcan oportunidades de trabajo decente y, si todavía no forman parte de la fuerza de trabajo, es esencial

proporcionarles una educación y una formación de calidad. Además, es necesario adoptar medidas específicas en materia de políticas para hacer frente a las desigualdades y conseguir que todo el mundo se involucre. Los programas y las políticas del mercado de trabajo y los sistemas de protección social deben cambiar su enfoque para llegar más allá del mercado de trabajo, y deben complementarse con servicios educativos y de cuidados que sean sólidos. En muchos países, es necesario reforzar los sistemas de protección social y abordar el problema de la fragmentación de la cobertura para mejorar la resiliencia de los jóvenes en un momento de amplias transformaciones en la economía y en el mercado de trabajo.

A medida que la respuesta política pasa del alivio inmediato al apoyo a la recuperación, al tiempo que se sientan las bases de unas economías más sostenibles, inclusivas y resilientes, es necesario corregir las deficiencias para llegar a los jóvenes. Ello es fundamental para evitar cicatrices económicas y sociales más profundas y para promover un mejor futuro laboral para todos. Los problemas del desempleo, la inactividad y la precariedad laboral de los jóvenes deben situarse en el centro de las políticas de recuperación económica para evitar que la crisis del empleo se convierta en una crisis social. Una mayor cooperación internacional es igualmente importante para hacer frente a las limitaciones fiscales y financieras de los países en desarrollo, en los que vive la mayoría de los jóvenes. Los países en desarrollo tendrán que gastar con prudencia, movilizar recursos internos para reforzar sus sistemas de protección social y llevar a cabo reformas para mejorar la intermediación financiera y el entorno empresarial, de modo que sus pequeñas empresas puedan crecer. Es preciso invertir considerablemente en la transición verde y en la adaptación al cambio climático mediante esfuerzos para desplegar, adaptar y ampliar las tecnologías pertinentes.

Al diseñar y aplicar políticas activas del mercado de trabajo y políticas de desarrollo de competencias para ayudar a los trabajadores a pasar a nuevas ocupaciones y empleos, es importante garantizar que los jóvenes participen activamente y se atiendan sus necesidades. La transición hacia economías más verdes y digitales exige un enfoque amplio de la alfabetización digital, junto con la promoción de la adquisición de competencias técnicas y digitales adecuadas por parte de los jóvenes, para que puedan aprovechar plenamente las nuevas oportunidades que se creen. Los esfuerzos para dar forma a un futuro más sostenible requieren la participación activa y la contribución significativa de los jóvenes.

► Estructura del informe

Tendencias Mundiales del Empleo Juvenil 2022: Invertir en la transformación de futuros para los jóvenes ofrece una actualización de los indicadores clave del mercado de trabajo de los jóvenes y de las principales tendencias, centrándose en el impacto de la crisis de la COVID-19 y en cómo inversiones específicas y sostenidas en las economías verde, azul, digital, creativa y del cuidado pueden apoyar una recuperación centrada en las personas y ayudar a mejorar el mercado de trabajo para los jóvenes.

La primera parte del informe, el capítulo 1, examina los mercados de trabajo de los jóvenes a nivel mundial y regional; contiene análisis detallados del empleo juvenil, las tasas de participación en la fuerza de trabajo y la relación empleo-población, las tasas de inis y el desempleo de los jóvenes. El capítulo también examina la perturbación sufrida en la educación y la formación por causa de la crisis de la COVID-19, y los cambios actuales en la distribución sectorial del empleo. La segunda parte del informe examina el potencial de las economías verde, azul, digital, creativa y del cuidado para proporcionar puestos de trabajo decente a los jóvenes. El capítulo 2 estudia cómo la transición a las economías verdes y azules puede ayudar a crear puestos de trabajo decentes y productivos para los jóvenes, contribuyendo al mismo tiempo a la sostenibilidad medioambiental. El capítulo 3 explora el potencial de los sectores digital y creativo para proporcionar un empleo de calidad a los jóvenes en medio de la creciente digitalización de la economía y la sociedad, señalando varios desafíos que deben ser abordados por los responsables de formular las políticas con objeto de garantizar que dichos puestos de trabajo cumplan con los criterios de trabajo decente y que no se amplíen las desigualdades existentes. El capítulo 4 examina cómo la economía del cuidado, en tanto que importante empleador de jóvenes, se ha visto afectada por la crisis y cómo podría convertirse en la pieza central de una recuperación rica en empleo y sensible a los jóvenes, centrada en la educación, la atención de salud y el trabajo social, y el trabajo doméstico. Por último, el capítulo 5 examina las respuestas a la crisis en materia de políticas, en particular la medida en que han beneficiado a los jóvenes, y ofrece una serie de recomendaciones a los responsables de la formulación de políticas con vistas a lograr una recuperación favorable a los jóvenes y un mejor futuro laboral.

